

# ALJABA

ARTE Y LITERATURA



JAEN  
1953

JUAN ALCAIDE SANCHEZ ♦ JOSE M.º RODRI-  
GUEZ MENDEZ ♦ EMILIO RUIZ PARRA ♦ CESAREO  
RODRIGUEZ AGUILERA ♦ E. NUÑEZ CASTELO  
GREGORIO PRIETO ♦ JOSE ALBI ♦ MIGUEL DE  
LA VILLA ♦ JOSE FERNANDEZ ARROYO ♦ RAFAEL  
SANTOS TORROELLA ♦ LUIS JIMENEZ MARTOS  
CARLOS MURCIANO ♦ MARIO ALVAREZ ORTIZ  
DELFIN ESCODA ♦ JOSE M. CARDONA ♦ LEO-  
POLDO CHARIARSE ♦ RICARDO BLASCO

MAYO  
JUNIO



HACEN "ALJABA"

EMILIO RUIZ PARRA  
MARIO ALVAREZ ORTIZ

ADMINISTRA:

CESAR LUNA VILLACAÑAS

Portada: GREGORIO PRIETO

Contraportada: MADRILLEY



Dirección  
Espartería, 11

Administración:  
Fermín Palma. 18 - 1.º-izqda.

# ULTIMA VOZ A LA AMISTAD

Soy el de siempre. Sufro. Mi silla está baldada  
de sostenerme el yeso de estos huesos cansados.  
No busquéis nueva lumbre dentro de mi mirada.  
Tengo todos los cuentos, de mi infancia, contados.

Me repito. Soy pobre. Si os fatigais, dejadme.  
Soy como el lazarillo que sirve al que mendiga.  
Mi súplica es migaja de renuncia: callarme...  
¡Dadme un poco de seda para mi pobre ortiga!

Toda esta piedra sabe que mi talón no es mío.  
La calle de mi vida naufraga en un desierto.  
Estoy como parado; tengo hielo en mi río,  
y apenas si es ya verde la alfombra de mi huerto.

Mi pulso es vuestro pulso. Mi boca es vuestro jarro.  
Mi pié sólo es la abarca que en lo vulgar se inscribe.  
Mi diente está amarillo del cotidiano sarro.  
Mi latido es tan débil, que apenas se percibe.

Una lumbre, un puchero y una rosa cortada.  
Y aquel mantel que guarda de la madre el zurcido.  
Y ese gesto doliente de ver que todo y nada  
son como esa cerilla que pica en nuestro oído.

Pero quiero un instante que mireis que me muero.  
Que recojais mi enfermo perfil desencajado.  
Que acaricieis la sombra de este amor con que os hiero.  
Que aprendais en lo dicho lo mucho que he callado.

Soy vuestro aunque no quiera; pero quiero, y lo soy.  
No me queda otra sangre que la que os busca en todo.  
Sólo encuentro firmeza si la mano que os doy,  
buscando un punto honrado, se cuelga en vuestro codo.

Ya no tengo otra barda para el doliente rayo  
de este sol que abotona su sangre con la mía.  
Mi setiembre va enfermo de un imposible mayo...  
¡Prestadme un poco el muro de la firme alegría!

Mis nobles, mis prudentes, mis cálidos amigos.  
Los que escuchais mi angustia como una voz sagrada.  
Miradme así: el de siempre, con mis dedos mendigos...  
¡Curadme de estos huesos de mi silla baldada!

Juan ALCAIDE SANCHEZ

(De "La Octava Palabra")

# PARQUE

Ibamos conquistando lentamente  
al compás de las suaves alamedas  
nuestro propio destino y nuestra historia.

Si fué difícil derrumbar los mitos,  
alegres surtidores de la vida,  
no fué tan fácil convencerse pronto  
de una realidad que era tan triste  
como el rizo del pato en el estanque  
o el clamor de los sauces sobre el agua...

Quizás por soñar mucho castigaron  
nuestra dulce soberbia de muchachos  
hambrientos de colores y aventuras.

Y aquí estamos, mi dulce compañera,  
reales y precisos sobre un parque  
sin humos otoñales, ni nostalgias.

Huecos de historia y de mañana huecos  
como el tronco del árbol carcomido  
por el físico rayo que desnuda...

Estériles y secos; repasando  
la gris fisiología de la niebla  
y tomando un paseo silencioso  
para aislarnos del tiempo indestructible

Los guardias a lo lejos, como astros,  
iluminando el orden de la vida...

José M.<sup>a</sup> RODRIGUEZ MENDEZ

De "No hay peligro: la ciudad  
está vigilada", inédito)

## POEMA, SOBRE UN MAPA

En Pensylvania pienso  
toda llena de cielos y azules automóviles.  
En Pensylvania con la caña  
y una camisa a cuadros escoceses  
pescando en un hermoso regato los peces de colores

En Pensylvania, y Colorado.  
De San Francisco a Massachussets.  
Junto a los árboles tan altos  
a los que el hombre, hace ventanas y quedan tan campantes.

Yo pienso en una breve canción bajo los árboles  
y en el lejano rancho bordeado de vacas  
y con lazos cruzando las ramas y los aires  
desde cualquier caballo hasta las reses.

En Pensylvania, digo. No en un lugar cualquiera.  
En un rojo tejado. No en Texas, que es distinto.  
En Pensylvania vuelan por sobre las montañas  
las águilas reales.  
En este suelo, donde tanto tabaco crece  
y tanta vida elástica hay en las autopistas.

Emilio RUIZ PARRA

# EL IMPOSIBLE ARTE ABSTRACTO

El premio de la última exposición internacional de Pittsburg, ha sido concedido al pintor inglés abstracto Nicholson. Del censo parisién, calculado, de cuarenta mil pintores, se dice que aproximadamente la mitad hacen pintura abstracta. La decoración—cuando la hay—de gran número de las más recientes construcciones de Norteamérica, está hecha a base de esta pintura.

Puede, con ello, hablarse de una coyuntura favorable para lo que se ha dado en llamar arte abstracto. Entre los intelectuales, en general, ha encontrado magníficos valedores y teorizantes. En España, donde el arte abstracto no ha tenido real éxito ni aún en círculos minoritarios, ha logrado, en cambio, la atención y, en algún caso, la apasionada defensa de ciertos escritores y críticos. Recordemos las actividades de la Escuela de Altamira y el extraordinario de la revista "Proel" dedicado al arte abstracto.

Mi particular disposición, de franco escepticismo, contra las supuestas posibilidades y excelencias del arte abstracto, y de fé positiva en la integración creadora de un arte que tenga en cuenta, junto al legado de la Historia, cuanto de positivo se ha logrado en los últimos cincuenta años, me han hecho leer con atención, en estos días, las obras de Gullón y Cirlot sobre arte abstracto ("De Goya al Arte Abstracto" y "Angel Ferrant", de Ricardo Gullón; "El arte abstracto" de Juan Eduardo Cirlot). Ni la sincera admiración que siento por la obra de nuestros dos jóvenes e inteligentes escritores, ni la calidad literaria de los trabajos leídos, me han hecho concebir nuevas esperanzas respecto a esta modalidad artística.

Con referencia a las realizaciones abstractas de Ferrant (cuya obra conjunta me parece de lo en verdad importante que en escultura se ha hecho en España en los últimos años, sin que esto haya impedido al autor dedicarse, cuando ha tenido a bien, a divertimientos más o menos móviles) dice Gullón que "se caracterizan por el progresivo apartamiento de las fórmulas comunmente admitidas para representar la realidad y por la empeñosa búsqueda de zonas donde la imaginación pueda desprenderse de amarraz y ligaduras con lo real y, autodevorándose, transformar el material de acuerdo con leyes propias".

He aquí la primordial característica del arte abstracto: su desdén o desprecio, o tal vez odio, hacia lo real y cuanto lo sugiera o evoque. Se presenta lo real como un lastre, como una "sobrecarga inútil" de la que hay que desprenderse. Pero resulta que lo real es cuanto nos rodea, nuestro pasado y nuestro futuro, nuestra vigilia y nuestro sueño, lo que hemos visto, tocado, amado o devorado; lo real es lo que nos ha hecho palpar o desfallecer, temblar de odio o de ternura. Lo real es la vida, la existencia—primaria y esencial realidad—, y todo cuanto nos estimula o nos mueve, arranca de la realidad o en ella tiene su apoyo.

¿Qué razones puede haber para prescindir de la realidad? ¿Qué propósito se persigue con ello? ¿Qué especial cualidad tendrá la obra que nazca de tal olvido? La realidad no sólo nos ofrece una serie infinita de matices y formas, sino la posibilidad de actuar con ellas o sobre ellas, merced a nuestro intelecto, en una gama igualmente ilimitada de creaciones personales de originalidad, actualidad y vigencia.

Claro está que el arte no es la realidad, pero ha de nutrirse de ella y vivir de lleno por y para ella. La realidad hay que decantarla, privarla de sus accidentes inútiles o nefandos. Ella misma, a veces, nos ofrece una autodepuración, un puro perfil estético. Es cuando con más razón puede decirse que la Naturaleza imita al arte. Bien saben ésto los abstractos, sobre todo los abstractos impuros, cuando utilizan los cantos rodados o los objetos naturales, sin retocar, en función de objetos de arte. La realidad ha de ser levantada sobre sí misma y, en un inevitable retorno, ponerla, superada, como emoción palpitante o como creación bella, a su propio servicio.

Prescindir de lo real, olvidarlo, arrancárnoslo como lastre, es no sólo una monstruosidad sino, por esfuerzo inútil, una tontería. Y sin embargo, el puro arte abstracto lo exige así. "En mi tentativa desesperada de librar al arte del peso inútil del objeto, dice Malevich en 1913, buscaba refugio en la forma del cuadrado y exponía un cuadro que no representaba sino un cuadrado negro sobre fondo blanco". Poco después, en 1918, acabó en el fin lógico del camino iniciado: una tela titulada «Blanco sobre blanco». Se había llegado a la «radical supresión de todo», a las Meninas del arte abstracto. Que en este caso eran la nada plástica o, mejor aún, la estulticia.

Hay en las teorizaciones abstractas del arte, una especie de empedrado de ideas sueltas de la metafísica y de frases de sentido esotérico y más o menos impreciso, que nada dicen o dicen demasiado cuando las queremos utilizar en función o al servicio de determinadas realizaciones artísticas. "Cuando hayas comprendido la disolución de las formaciones, entonces y sólo entonces comprenderás lo que no ha sido formado", se afirma que dijo Buda, y Cirlot recoge la cita para justificar la pintura de Malevich. "Las construcciones de Ferrant, dice Gullón, testimonian que en

la verdad reside la genuina belleza de las cosas». La verdad es la estrella polar del filósofo, como la belleza lo es del artista, aun cuando no se dude del hecho de que como valores absolutos se corresponden, y cuando nos aproximamos a uno de ellos es que estamos cerca del otro; pero ello ni puede ser monopolio de las construcciones de determinado escultor, ni del arte abstracto.

Si el arte abstracto hubiera reducido su conducta, respecto de la realidad, a la operación típica de abstraer (separar intelectivamente las cualidades de un objeto para considerarlas aisladamente o para considerar el mismo objeto en su pura esencia o noción), nada habría que decir de él, como no fuera reconocer que todo arte es de por sí abstracto, en cuanto debe tender a buscar la esencia de las cosas. Pero no es esto lo que la llamada tendencia abstracta ha pretendido y pretende. Sus principios teóricos son, o demasiado vagos o contradictorios. Kandinsky afirma, en forma de principio didáctico y sin atisbo de humor, que una vertical asociada a una horizontal produce un sonido casi dramático, y que hoy un punto dice más en pintura que la figura humana. Mondrian dice que la obra de arte es un equivalente de la Naturaleza y seguidamente asegura que la obra de arte no tiene ningún parecido con las apariencias visuales. Rechazan la acusación de que la obra neoplástica (abstracta) es la negación total de la vida, pero piden la aniquilación del objeto, la supresión de toda referencia a formas reales y hasta, por sus concomitancias con lo real, las evocaciones del subconsciente o de carácter onírico.

No nos sirven, pues, las teorizaciones ( que a lo sumo revelan en el abstracto un filósofo frustrado carente de sistema) y hemos de atender a las realizaciones. Estas pueden ser, en el caso de un intelectual estricto no dotado para la creación artística, expresiones de un imposible absoluto, con la asignación mental de un caprichoso significado; y si derivan de un auténtico artista, pueden ostentar atractivo visual y hasta calidad de materia, pero nunca en grado particular y superlativo por el sólo hecho de ser abstractas, ni en dosis o forma tal que no puedan aparecer, cuando menos de manera semejante, en cualquier trozo o ángulo de pintura o escultura con referencias reales o representativas.

En cambio, desvitalizada la obra abstracta, desligada de todo aquello en que nuestro corazón se deposita o nuestro sentimiento se afana, la realización queda inevitablemente rodeada de un «halo de frialdad». En vez de «jugar a la carta más alta», en vez de llegar al «Non plus ultra», el abstracto se sale del mundo del arte, y no, naturalmente, en forma de superación sino de regreso.

Reducida la creación a simple esquema geométrico, podrá, en algún caso tener gracia y hasta atractivo, como lo puede tener la composición cromática de una alfombra persa; pero lo abstracto puro no es ni puede ser, en el mejor de los casos, sino una cosa fría y estrictamente decorativa. «Entre la pintura totalmente abstracta y la ornamentación, dice Sebastián Gasch en «Proel», no media diferencia alguna. La famosa pintura pura no es, al fin y a la postre, sino simple decoración».

Por tratar de ir demasiado lejos, se ha pasado la línea del arte. Desprovisto de valores formales y técnicos de carácter tradicional, y de los humanos, propios o incorporados, de los seres y cosas de la naturaleza exterior, lo abstracto podrá ser divertimento, artesanía, decoración o elucubración pseudofilosófica, pero no es arte. Lo abstracto queda fuera del mundo vital, emotivo y palpitante de la creación artística. Más que lenguaje hermético, es ausencia de comunicación. Lo abstracto no es ni pintura ni escultura.

Cesáreo RODRIGUEZ-AGUILERA



Viñeta de Núñez Castelo.



Dibujo de GREGORIO PRIETO

# ESTOY ENAMORADO DE LA VIDA

Si esto es vivir, yo vivo, estoy seguro.  
Hecho de días y cansancio, paso.  
Mi caso es tan vulgar y tan oscuro  
como el humo del fuego en que me abraso.

Sólo quedan rescoldos. Una suave  
fatiga que se sube a la garganta.  
En un mar sin riberas, una nave  
frente a la tempestad que se agiganta.

Se agiganta entre aceras, entre nombres  
que se olvidan detrás de cada esquina.  
Hombres perdidos, prisioneros, hombres  
como un fuego que nace y no termina.

Esto es vivir. Tiene una pulpa amarga.  
Pero nos nace un hijo, y se levanta  
un vuelo estremecido, y ya la carga  
como un ave palpita y casi canta.

Hijo o paz, y palabra o luz; mejilla  
o tregua donde el viento se hace trigo.  
La vida, tan difícil, ya es sencilla,  
y el hosco corazón se torna amigo.

Amigo del silencio, de la calma  
que hechos lluvia y amor van goteando  
sobre el árbol y el mar, la piel y el alma,  
con lento ardor sin fin, resucitando,

resucitando al hombre que allí había,  
—un volcán acosado de tormentas,  
un huracán entre paredes—. Mía,  
mía es la paz donde tu paz asientas,

hombre, dolor, locura, primavera,  
mía tu paz ardiente y compartida.  
Tanta paz, tanta herida harán que muera,  
y estoy enamorado de la vida.

José ALBI

# POEMA EN SOLEDAD

(Estoy solo en casa un domingo por la tarde, llueve y escucho la radio.)

Me he quedado sin sueños ..  
Mis sueños se han ido por los caminos, bajo la lluvia gris,  
y yo no me atrevo a salir de casa todavía, porque llueve.  
Pero más que nunca están ahora mis sueños conmigo  
(ahora que no están conmigo);  
los veo pasear lentamente bajo la lluvia que arrecia,  
y yo estoy con ellos, imagino.  
Las gotitas de agua juegan a equilibristas en los alambres  
de tender la ropa,  
y un pañuelo se va mojando, indiferente.  
Dios, en tanto, recita su oración sinfónica,  
pulsando las alas de los ángeles.  
A veces, en una pausa, en un silencio,  
percibo el roce de sus pisadas...  
¡Oh Dios de voces inalámbricas,  
vagando de aparato en aparato en busca de los hombres  
y mujeres que le buscan!  
Mis sueños van por las calles y los patios interiores,  
con una mochila de lluvia sobre su espalda tiernísima.  
¡Esperadme, ángeles míos, esperadme!  
Yo quiero mojarme con vosotros, andar de vuestra mano  
por las mojadas calles,  
entre la lluvia dulce,  
con una radio de músicas bajo el brazo  
al encuentro de Dios.

Miguel DE LA VILLA.

# POEMA TERCERO

(EN EL QUE SE TRATA DE LOS MILLONARIOS.)

A veces, por la noche, cuando mi cuarto habito,  
cuando el ruido nocturno sacude los cristales,  
pienso en los millonarios por no pensar en nada  
y siento de improviso sudores indecibles.  
El piso reluciente de adornos niquelados,  
la sala florentina y el ventanal frondoso,  
el último modelo de «Buick Cosmopolitan»  
y la mujer alegre de voz entrevera ja.  
Pienso en los millonarios de la Quinta Avenida  
que amanecen tan pronto como el sueño se acaba,  
que sonríen a veces delante del espejo,  
que comen a sus horas,  
que escriben grandes cuentas,  
que venden aviones y barcos si es preciso,  
que fuman buenos puros,  
educan a sus hijos tan refinadamente,  
que toman su «weeck-end» de la mejor manera  
y dan dos golpecitos con gesto campechano  
al escribiente asiduo que lleva sus negocios.  
Resulta confortable pensar en estas cosas  
cuando es solo la noche lo poco que nos queda,  
porque siempre sería más desconsoladora  
la idea de esos hombres que viven como pueden  
y sabe Dios qué comen al fin de la semana.

José FERNANDEZ ARROYO

## RAFAEL SANTOS TORROELLA

Rafael Santos Torroella es catalán, y uno de los poetas de aquella región más relacionados, en su constante actividad, con los actuales letrados castellanos, y en especial, más o menos directamente, con la lírica que tomó cuerpo en la desaparecida revista «Garcilaso», sin que esto quiera significar una total vinculación de su obra al movimiento garcilasista.

Nacido en el Pirineo Oriental, en un pequeño pueblecito llamado Port-Bou (provincia de Gerona), en 1914, es, como tantos otros poetas del tiempo presente, licenciado en Derecho; pero su quehacer literario le absorbe la mayoría de sus horas, no ejerciendo por ello como abogado.

Rafael Santos Torroella, que actualmente reside en Barcelona, es crítico literario de diversas publicaciones —«Correo Literario», entre otras—, y asiduo colaborador de diversas revistas de poesía.

En Salamanca, fundó en 1943, junto con Antonio Tovar, «Lazarillo»; en 1946 fundó también, en Madrid y en colaboración con Rafael Morales y Manuel Muñoz Cortés, otra nueva revista, El Espectador, que tuvo vida efímera: sólo apareció un número.

Hombre inquieto, inició después la hoy desaparecida colección de libros poéticos «La Calle desierta». Actualmente ha lanzado una nueva revista, «Joc Net», de la que ha aparecido el número primero. Joc Net significa en castellano juego limpio.

Ha publicado: «Madrigales», en separado de la revista Garcilaso, 1945; «Ciudad Perdida», y «Altamira», 1949, y «Sombra Infiel» en la Colección de Adonais. Tiene inédito «Cuadernillo de nueva soledad».

La poesía de Santos Torroella es una poesía tersa, llena de suavidades y de una diluida nostalgia.

Ahora que el otoño la renuncia  
te trae de tantas cosas,  
irás podando tu alma  
de las vencidas horas.  
Como de campesino, exacto sea  
tu mano en lo que cortas  
Crecerás como el árbol  
por dentro, no en las hojas  
de la estación que malgastó la savia  
de tu severa desnudez a solas.

Santos Torroella, es traductor del inglés, del francés y del portugués. A él se debe la versión española de «Música en la noche», de Aldoux Huxley; la de «El Cid», de Corneille, y una Antología de la poesía brasileña.

En el pasado año de 1952 fué el principal propulsor del congreso de poetas que tuvo lugar en Segovia.

# Aquí, en este llano...

*Mi corazón, aquí, donde ha empezado  
del tiempo a ser sospecha, altos cipreses  
acunan junto al mar;  
mi corazón que ya siento en la mano  
con vocación de tierra y soplo leve  
de brisa de Ampurdán.*

*El viento no me engaña ni este duro  
cristal que me imagina insobornable  
señor de algún destino:  
ecos apenas son del más desnudo  
furor que hiere al llano y a la tarde,  
al tiempo y al olvido.*

*Porque el tiempo está aquí y no en mis pasos,  
y está el olvido aquí y no en mi pecho,  
si en algún sitio están.  
Son el verdor que se repite exacto;  
son el ciprés, las ruinas y el silencio,  
la inmensa soledad.*

*Nunca la tuve yo; nunca, aunque esquivo  
de los otros a veces me sintiera.  
De los otros, los hombres  
que soy en mí, que alguna vez he sido,  
que me acompañan siempre y no me dejan  
ser quien se reconoce*

*en el duro misterio de tu sombra,  
en tu infinita soledad, Señor  
de todos los enigmas.  
Y ya por la alta noche oscura y sola  
busco mi olvido y renunciando estoy  
a tanta dulce herida.*

*Mi corazón, aquí, en este llano,  
tristemente regresa a su silencio.  
Enlutado el mirar,  
tan sólo espero concluir soñando  
en el amor, la muerte y el recuerdo  
con brisa de Ampurdán.*

Rafael SANTOS TORROELLA

# El Túnel

(CUENTO)

El Túnel. Alvaro seguía llamando así a aquel sitio. Estaba entre la tapia del jardín y el olivo, techado por las madresevas, estrecho y espeso como los otros.

El sol de Julio—a las tres—tenía un sopor de digestión. A pie firme, y tan desnudo, iba a aguantar la luz esas horas de tránsito, terribles, desamparadas, con un blancor irritante en las cosas.

El silencio era pasiva defensa ante una invisible y caloriente riada que se sentía subir y subir más arriba de las ventanas y de las azoteas.

Alvaro, volvía a salvarse de ella, como siempre, en aquel su trozo de sombra donde la hamaca tenía algo de milagroso y flotante madero. Un antiguo madero: quince años de travesía. Desde aquel en que (porque no le gustaba dormir en esas horas) escogió el extremo del jardín para fumarse el cigarro que quitaba el gusto inmediato de la fruta. Aquel pebetero con que poner nubes a Salgari o después a "Las mil y una noches" (edición para hombres) cuando el primer salpullido de la sensualidad.

Ahora, también fumaba y las nubes se las ponía a sí mismo. El madero había dado un crujido al tenderse sobre él, un crujido precursor de hundimiento, que le llegó al alma. Ya no era aquel muchacho flaco, de cara toda ojos, que podría haber dormido en una rama sin que se rompiese.

Ya no era algo dudoso todavía, como entonces, recorrido por excitaciones distintas, sofocado por aquel deseo mil veces más grande que él...

Los años, los años. Los años habían ido construyendo casas delante para que él no pudiera ver la ciudad; escribieron números en las puertas de las casas porque tantos nombres de villas se confundían y habían conseguido que el campo fuese ya un río oculto.

Se irritó, válgame Dios. No había sido nunca violento pero le entraron unas ganas absurdas de destruir y dejarlo todo como estaba antes.

Iba haciendo la digestión entre imaginativas "reformas" del paisaje y la vida. Había previsto cuanto sería necesario llevar a cabo para volver a encontrarse a gusto: resucitar árboles, derribar paredes, casi nada...

Era una loca lucha contra el tiempo. Y—cosas de la digestión—hasta llegó a encontrarlo posible, mintiéndose a solas, voluptuosamente.

—Bien—pensó con una sonrisa, liberadora de aquella tirantez amarga—; pero el túnel, mi túnel está igual.

No sólo estaba igual. Más oscuro, más húmedo, enjoyado de frescor. El túnel aún era joven, se renovaba, se perfeccionaba.

Alvaro todavía lo era también aunque ya iba necesitando reestrenar las cosas para serlo de veras. En pocos años, incesantemente, estuvo de estreno: sentía el roce molesto de indumentarias diversas, rígidas como la vida que se puso todos los días hasta comprobar que estaba vieja y gastada.

A pesar de que su alma no era propicia a mirar de frente, había sido un luchador.

Le dió risa. Luchador él, de verdad. "Un águila", decían. Oportuno, audaz... él. ¡Qué gran caricatura!.. Atendió a una chicharra—¿la misma que volvía en el tiempo?—que desarrollaba su audición de madera en fa. Y se acordó de la tonta fábula.

\* \* \*

Tres y media. Aquella hora le señaló un recuerdo. Su madre, antes de acostarse, salía al porche para desde allí advertirle

—Alvaro, ¿pero será posible, hijo mío? ¿Será posible? ¿Por qué no descansas un poco?

Ella no consideraba que aquello fuese descanso. Nunca pudo comprenderlo. Le molestaba la costumbre de pasar así tan furiosas horas.

Hoy no había salido aún. Le dió un beso al terminar la comida; un beso orgulloso. Porque estaba contentísima de él. Tampoco creyó que Alvaro pudiese ser lo que era. Tanto como había temido siempre... Un hijo demasiado débil, demasiado íntimo y descuidado... Su indiferencia le costó más de un dolor hasta conseguirlo distinto, incluso, cruelmente, burlándose de él y su pereza.

Hoy no había salido; tal vez no saldría ya. No hacía falta. Hizo todo lo que ella deseaba; más aún.

Lo pensó sin reproche. ¿Qué importaba su antigua vocación de labrador? Ella no había querido. Bastaba eso. En realidad su única rebeldía consistió en pasar la siesta bajo el túnel.

Aceptó lo ocurrido como había que aceptar, se quisiera o no, aquel sol alanceando el paisaje.

Después de todo, a no ser por sus constantes advertencias, por las acusaciones a su timidez, tal vez hubiese sido un perenne sesteador con los ojos abiertos.

Ahora sí. Tenía tres meses o un año o el resto de su vida. Estaba resuelto. ¿No había topado con el fondo de la riqueza? Pues arriba, arriba; necesitaba aire.

Aire, pasear, estar en el jardín de noche y en su querido túnel.

Se confesaba humilde. Que nadie le conociere. Quería repetir un verano antiguo.

Miró al porche casi con angustia. Su madre, seguramente, se había acostado ya. Le hubiese gustado verla llegar, lenta, moviendo la cabeza, hasta el túnel, sin advertencias enojosas, disculpándole al fin, o, al abrir los ojos, después de dormir, encontrársela allí y que le diese un beso en la frente.

—Sería como recibirla en mi dominio.

Se tumbó hacia la izquierda con placer; el madero volvió a crujir.

La cabeza de una lagartija asomó entre las hojas de la tapia. Tenía una expresión graciosa, como de vecina alarmada y sensible al menor movimiento de los demás. Miraba a Alvaro muy fijamente. Con esta visión se quedó dormido.

\*\*\*

Un coche venía a toda velocidad, por el carril, dando tumbos. Se despertó. Estaba soñando con un país de chicharras que no se callaban nunca. Era precioso. Y, al final, ese molesto frenazo en el polvo, coincidiendo con el instante más feliz.

El coche se había detenido ante la casa y bajó de él un hombre joven sudoroso y contento.

Se puso en pie, desperezándose. Sudaba. Le sudaban los ojos y semiinconsciente estrechó su mano, aprisa.

—Me perdí. Hemos dado unas cuantas vueltas.

—¿Qué pasa?

Preguntó, ronco, ferozmente, como en un estertor. Entonces fue contándole triunfante: habían conseguido la exclusiva de una nueva marca de jabones. ¡Una fortuna! Todo el mundo se lavaría con jabón Aixá...

Agitaba el sombrero de charlatán; convertía en un instante el jardín en plazuela. ¡Oigan, oigan, aquí se vende lo mejor!

—Bueno ¿y qué?—desafió Alvaro.

—Lo que tú digas... Pero es necesario que estudiemos eso... Venta en toda España, fíjate. Un nuevo procedimiento... Sin tí no podemos hacer nada. El fabricante dice...

...El sol permitía ya la suavidad en el olivo. El agua del pilón era agua otra vez, no piedra que brilla.

Siguió hablando aquel hombre mientras cruzaban hacia la casa.

Entraron.

La madre se había levantado, tal vez al olor del negocio. Cuando estuvo informada no hizo el menor comentario. Sonreía a la visita.

Miró unos instantes a su hijo, fugazmente. Sólo como invitándole a decidirse.

Alvaro sintió aquella mirada dulce y segura chocar con el fondo de su ser. Siguió callado. Cruzó los pies y colocó las manos en la nuca.

La indiferencia hacia sí mismo le dolió, bruscamente. Le pareció que se había convertido en un bloque que nadie podría mover.

Aquella mirada... Se dió cuenta de que en aquella mirada le había devuelto, sonriente, su voluntad. Se la entregaba al cabo de los años, totalmente. Le dejaba solo en el sí o en el no.

Ya no le consideraba un niño. A los treinta años no le consideraba un niño y estaba complaciéndose en verle crecer de prisa, allí. Una mosca paseó por su frente.

Tuvo deseos de pedir como antes consejo. "Es demasiado brutal este abandono".

Un amago de odio mantenía todavía más cerrados sus labios.

Los giros del ventilador le torturaban.

—Nos iremos esta misma tarde.

—¡Bravo! Creí que no te podría arrancar de aquí... (Alvaro entró en su cuarto a vestirse.)

Luis JIMENEZ MARTOS

OPAIQUN, JIMÉD

# POEMA ABIERTO

Decidme:

Si el corazón enorme de los pinos  
no está siempre formado de corazones rotos;  
si no escupimos el dolor cada día  
como un pedazo seco de goma de mascar;  
si no somos ceniza que sonrío,  
barro aullador de carne y de lujuria,  
decidme,  
¿qué vivimos entonces?  
¿qué hacemos en el mundo  
nocturnamente solos, transitando?

Acaso

¿no somos pinos caminantes  
del cementerio gris de nuestra propia vida?  
¿árboles que se nutren de la savia  
del árbol compañero,  
de la savia del árbol que se vence al destino?

Decidme

si ese hondo dolor  
que se nos llega cada amanecida,  
que se nos va renovando  
—Penélope del alma— cada nuevo crepúsculo,  
cada nuevo minuto que contamos,  
¿acaso no es un trozo de goma  
de mascar, que vamos exprimiendo,  
masticando silenciosamente resignados,  
y un día, un día cualquiera,  
escupimos, salvajes, hacia arriba,  
mansamente hacia el suelo?

Decidme — ¡quiero que me digáis!—

si esta carne que estamos  
palpándonos ahora,  
con que besamos dulce o duramente,  
con que gozamos una vez  
y otra vez nos dolemos,  
esta carne que alzamos, erguidores,  
¿acaso no es un poco de ceniza que ríe,  
un banco de gusanos al acecho de ese  
momento en que la muerte nos designe,  
nos señale, sarcástica, con su mano decrepita?

Entonces,

si es ésto lo que digo,  
si es enseñar la vida  
por su arista más cierta, lo que hago,  
si es recordar —abiertamente—  
lo que de sobra todos nos sabemos,  
¿es, entonces, extraño,  
que aquí, a solas con mi frente traspasada,  
mientras me llega —lejos—  
el «Tristesse» suave de un Frederic nostálgico,  
es extraño que ahora  
humanizada voz se me desborde,  
y os escriba estos versos amargos como el día  
que se me va muriendo, lloviznado y tristísimo?

Carlos MURCIANO

# P O E M A

Van girando las sombras  
marcando sobre el suelo las horas de camino  
que pasan por tu centro;  
luces sobre las piedras,  
sobre la esquina rota,  
sobre la acera estrecha hecha con piedras blancas.

Las paredes se rompen en la frontera negra  
partiendo las ventanas y sus hierros labrados;  
como flor de la noche  
tus abejas son solo mariposas cegadas  
y enjambres de mosquitos.

Las tinieblas combaten tu luz amarillenta,  
y tratan de cegarte, de apagarte los rayos;  
sobre el delgado vidrio que protege tu llama  
te lanzan con el aire su vaho ennegrecido.

Pero sigues luciendo contra todo el invierno,  
contra las noches rojas de calor del estío,  
contra las torrenciales lluvias de primavera,  
contra los vientos mustios del otoño cansado.

Como un incomprendido, igual que un visionario,  
tú sigues en tu puesto iluminando siempre,  
olvidada de todos, sin aprecio de nadie,  
sobre la pared blanca  
con tu brazo de hierro.

Mario ALVAREZ ORTIZ

## ESTACION TERMINO

Hoy se acaba el camino y me pregunto  
qué extraña pasajera está conmigo  
y qué cansado guía nos guardó la conducta.

Conozco máquinas que distribuyen algo,  
corazones con árbol, y venturosas madres  
angelotes carnosos para el hijo atrevido.

Gentes que comen cartas y leen los periódicos  
para ver si al fin llega lo que no sabe nadie.  
Y racimos de niñas que aprenden el piano.

Como ayer te decía, todo ha sido un pretexto  
para no confesar nuestro desnudo.

Las cosas más delgadas siguen siendo,  
habitarán pasillos con mucha claridad.

Llegué a pensar que tú, siendo tan rubia.

Hemos sufrido mucho los dos solos  
y eso vamos ganando, es lo que cuenta.  
Sufrir es importante, no lo dudes.

Para sufrir con calma hasta se abren créditos  
en los sitios oscuros de costumbre.  
Qué cantidad de cosas te guardo en el sombrero.

Extraña pasajera. Aquí revierte todo,  
tendremos que apearnos, es la muerte.  
O sacar más billetes y seguir dando vueltas.

Delfin ESCODA

# HOMBRE DE MI TIEMPO

A Leopoldo Chariarse

Un hombre, he aquí una palabra,  
un puñado de arcilla roja,  
un pedazo de hierro lanzado al mar,  
una mano herida con la yerba del tiempo entre los dedos.

Un hombre  
con la boca ahíta de besar las nuca fragantes,  
con las manos enrojecidas de arañar la tierra,  
un hombre,  
casi nada más que la palabra.

Para llevarse al pecho esta palabra  
no es preciso gritar, ni cubrirse la cara, ni presumir tampoco.  
Reíd de aquellos que no saben más que abrazarse a las cosas,  
de los que caminan erguidos llevando el cielo debajo de los codos,  
de los que se llenan la boca de espuma y repiten a cada paso: ¡qué hombre soy!

Se puede ser muy hombre en silencio,  
con las manos sangrantes de tocar las palabras,  
con los ojos abiertos y la palabra justa.  
Se puede ser tan hombre como el que más.  
pasando por la vida y las rosas como un leve jardinero  
recogiendo a su paso las flores libres,  
y cantando muy quedo  
y asomándose al campo por romero y por zarzas.

Yo he visto a un hombre llorar por las flores,  
jazminero del mar,  
con la herida de sus años transiéndole el pecho,  
de sus alegres o tristes años,  
que esto sólo lo sabe el que ha vivido.  
Un hombre que no supo maldecir  
y cuyo cuerpo era un surco abierto a las lágrimas.  
Un hombre alegre  
por las calles de la ciudad  
entre los autobuses, los tranvías y los neones.  
Y ese hombre sabía del dolor como ninguno  
y el agua resbalaba por sus hombros como una capa leve.

Y era un hombre casi como tú o como yo.  
Un hombre como tantos que se saben  
hechos a la medida de su tiempo.

José Manuel CARDONA

# EL RIO ESTA EN TODAS PARTES

He entrado a una oscura casa:  
me siguen,  
me miran sin verme  
unos niños absortos en su mortal rincón  
oyendo el grito de trenes que parten  
y el arrullo amoroso de las ratas.  
Era una tarde de sol  
mas aquí todo gime, hasta el río  
se arrastra en noche cerrada sin esperanzas.  
He bajado por la gastada escalera  
y he visto cómo lentamente el agua penetra en los cuartos  
y convierte mi alcoba nupcial en un infierno fangoso  
y en tumbas los juegos de mi infancia.  
He llamado a todas las puertas.  
He preguntado a todos, sin hallar respuesta.  
—No sabemos porqué, no queremos saberlo:  
es demasiado horrible—.  
Y clamé a tí, oh Justicia,  
descendí hasta los últimos huecos  
donde se apiñan entutadas familias, muchachas hambrientas  
y hombres, pobres residuos que avientan las fauces de las fábricas.  
Pregunté dónde estaba Dios entre los hombres  
y han extendido las manos vacías,  
me han pedido un pedazo de pan, han llorado  
He llegado hasta el lecho del río.  
He seguido paso a paso la perdición de las vírgenes:  
María, ¿dónde llevas a tu hijo? ¿por qué huyes  
con espanto en los ojos y los cabellos desatados al viento?  
¿Te siguen aún la mirada viscosa o los cuernos de oro del sátiro  
ocultos en la faz del adolescente?  
Ya tu rostro es el esplendor del verano  
y el río llega a todas partes. ¿Dónde está el asesino?  
Ahora estás sola.  
—¿Por qué me hacen daño?  
¿por qué, si yo amaba tanto?

Leopoldo CRARIARSE (Perú)

# PUBLICACIONES

SOMBRA DE UN AMOR. — Manuel Arce. ("Adonais", vol. 86, Madrid, 1952).

El poeta que es Manuel Arce habla en este libro como si no lo fuera. Quiero decir que disimula lo que es tras una apariencia de sencillez, reduciendo el ademán a lo justo y preciso, por temor a que la voz se le engole, convirtiéndose en prosopopeya o retórica. Cree él que así "no se le nota" tanto que es poeta, y se pone a hablar como un hombre cualquiera. (Como si fuese un hombre cualquiera). Pero, naturalmente, el poeta le sale a cada paso. Y es que el poeta no es un hombre como los demás (nadie es como nadie: cada cual anda en la vida tarado por su vocación) y por mucho que quiera hacer ver que en nada se diferencia de los otros, pronto o tarde—si es de verdad poeta—le sale la distinción, y su palabra rescatada, es otra palabra que la de los demás hombres.

Así pues, con un modo sencillo y natural, cuenta Manuel Arce cosas simples y corrientes: está lejos de la mujer que él amó, le acaba de llegar una carta, anda por las calles de la ciudad, contempla un café a través de su espejo... Toda la motivación del libro parte de sucesos banales, de acontecimientos sin importancia. Su sin-amor carece de drama. Los pensamientos que se le ocurren no tienen trascendencia aparente. El resultado, sin embargo, es muy otro. Arranca el libro de futasas, pero llega a una meta romántica que yo casi adjetivaría de desesperada, y que envuelve en grandeza todo cuanto podría parecer nimiedad. Cuando un poeta atiende no a las lucubraciones y soñaciones de su mente, sino a los hechos reales que le han enseñado algo, y en esta tarea consigue interesarnos, movernos, emocionarnos, entonces no cabe duda: es un poeta cierto.

"Sombra de un amor" se divide en cuatro capítulos. El primero ("Los recuerdos") es la reseña del amor ido. El segundo ("Duda en el hombre") tiene un repunto de inquietud religiosa. El tercero ("Los poemas del cotidiano llanto") es la nuez de este estilo poético. El cuarto ("Tres cantos a España") corona con un pensamiento cívico las tres anteriores circunferencias del pensamiento lírico.

Dos novedades importantes me parece contener este libro. Cada una de ellas cobra bulto, respectivamente, en los capítulos uno y tres. Es la primera de esas novedades una actitud amorosa infrecuente, cuyos indicios cabría buscarlos en la "Razón de amor" de Pedro Salinas: la preocupación del poeta por esa "otra vida" o "vida aparte" de la amada, existir que sin embargo pertenece también al poeta y que a éste le es posible vivir. ("Aún en tu lejana ciudad me perteneces". "Tendrás ante tus ojos húmedas calles rectas, y un misterioso otoño, lejano y extranjero". "Podrás estar ausente, mas vives en el mundo que yo estoy inventando."). Mas en Arce esa actitud está dividida no desde una inteligencia, sino desde un corazón y no es un pensamiento lo que nos enseña, sino un sufrimiento. Cuando el tema lírico da la otra cara, vemos que la dicha pretérita era ya una dicha triste. La amada no se ha perdido ahora en el tiempo. Su pérdida es anterior y corresponde también al espacio. El penúltimo poema de la serie ("¿Dónde tú?") alude a la imposibilidad absoluta de una posesión que el amor, engañoso espejismo, ofrece y no da ("Mas eres como un reino imposible y cercano") en parangón con la certidumbre de desengaño que apuntaba en el poema inicial del libro ("el amor es triste como él solo").

"Los poemas del cotidiano llanto" muestran

más al desnudo, más a lo vivo, la manera de ser poeta de Manuel Arce. Lo primero que en ellos se advierte es su tendencia al prosaísmo. El verso, limpio y escueto, no parece trabajado, de tanto quererle expresivo y sincero, y casi llegaríamos a creer que lo que aquí se cuenta no precisaba del verso para ser contado, si no comprobáramos que, pese a todo, perdura un lirismo inefable. Subrayaré "Ahora" y "Elegía por todos", donde las alusiones casi periodísticas están redimidas de amaneramiento con la mágica palabra oportuna puesta con la totalidad de su vigor lírico allí donde el poema podía desafiarse. Acierto de poeta. Es difícil ese equilibrio inestable entre prosa y poesía que supone la elección de ciertos temas no demasiado cargados de belleza, y Arce logra sostener el diapasón con naturalidad y nobleza.

Los Cantos a España son como un aparte de la corriente general del libro. Aquí la manera de Manuel Arce es similar a la utilizada en el resto del libro, pero como quiera que está ante un asunto mucho más sugerido, la palabra se le dora de mayor significación. Estos cantos son, para mí, lo mejor de su obra y en ellos nace, con el recuerdo de trágicos avatares patrios, una convicción optimista, de fe en la semilla sembrada con sangre, pero cuidada con amor; en ellos el poeta parece proclamar una supremía alegría de la hermandad española por encima de las divisiones fracturadas, con acento de enamorado patriota superior:

"no acabaría nunca de cantarte;  
de poner, piedra a piedra, palabras en su sitio;  
palabras que dijeran tanto como queremos  
decirte, los que somos tus verdaderos hijos."

Manuel Arce, con este libro suyo, que es el tercero que publica, avanza en su carrera literaria, pues "Sombra de un amor" es una obra como hay pocas en la joven poesía, ya que abunda muy poco una tal sinceridad, una tal verdad y una tal elegancia expresiva.—RICARDO BLASCO.

GABINO ALEJANDRO CARRIEDO—"Del mal, el menos" Colección "El Pájaro de Paja". Madrid, 1952.

Este libro, segundo de la colección que A. Crespo dirige, es verdaderamente tremendo, y está lleno de verdad, de una hiriente e irónica verdad. Y es interesante, porque, como pocos libros, tiene su clave fuera de él y de sus diez y ocho poemas. La gran clave de este "mal, pero menos", está en el poeta terrible que es Gabino Alejandro Carriedo. El poeta llora... o ríe, en su soledad. En una soledad y en un mundo, donde "no hay nada—hablamos con sus versos—más difícil que alimentarse, que vestirse decentemente, que tener fe en el prójimo." Se encuentra bajo el mal. ¿Cómo escapa? Con el menos. Gabino Alejandro Carriedo, poeta actualísimo, se va del llanto hacia la irónica sonrisa; se conforma—porque, entre otras cosas cree que es la única salida—con quitarse la piedra del mejor modo posible: dejando que le pese en parte sólo. No es esta una poesía constructiva, porque el poeta se conforma con ir sacando el cuello buenamente, y sonreír agriamente de vez en vez, sin superiores identidades. Pero es, eso sí, poesía por encima de modos personales y de apreciaciones extrañas: poesía heroicamente resuelta (dentro de un indudable egocentrismo), llena de verdad y de dolor. Un dolor que estalla en versos, como estalla en juego.

Una de las más interesantes composiciones del libro es sin duda el poema titulado "Monte El Brus-

co" en que hay una mayor concentración de elementos poéticos, sin por ello salirse de la línea eminentemente humana, y social por consecuencia, del volumen.

"El campo de los muertos tiene sabor a esteras contemplado en la torre del crepúsculo ciego; aquí por estas tierras donde estaba mi padre hoy navegan los astros..."

No se pudren las manos que trabajan la tierra tan malamente repartida, pero brota el cansancio de los cuerpos que inclinanse: Son los hijos que heredan la maldita costumbre conduciendo ganados o birlando a las aguas bobalicones peces o selectos crustáceos que comerá la gente de dinero..."

El estilo y el modo de los versos de Carriedo es de una gran originalidad, y casi siempre de una gran fuerza rítmica. A veces hay algo de ilusionismo circense: los versos salen de los más extraños sitios y en las más extrañas construcciones, no exentas de gracia. Así, los del poema "El niño muerto", o aquellos otros de "Calle Ardemans":

"...un día era que yo estaba igualmente triste por no sé qué cosas de amor, de soledades y de sollozos que dejan mal cuerpo..."

La honda soledad del poeta, y su honda amargura están del mejor modo y con la mayor sátira (amarga sátira de quien "ara la tierra de su cuarto a oscuras") en el último poema. Poema que cierra el libro lo mismo que pudiera haberlo abierto, y que puede ser la mejor tarjeta de visita de este buen poeta que es Carriedo.—E. R. P.

JOSE ALBI.—"Septiembre en París", Alicante, 1953.

El libro que ahora nos llega de la pluma y la mano de José Albi es un libro suave, nostálgicamente trazado. Para la más gráfica expresión, diremos que un libro tenuemente posado sobre el papel y sobre el vaso del recuerdo.

Puede ser esta visión del París de siempre un poco tópica; pero por ello mismo pensamos en una visión—en una revisión—, auténtica traida, tomada en ese gris y azul septiembre que cuelga y se posa de los árboles, de las piedras del río... José Albi, deambulante nostálgico un tanto machadiano, nos va contando casi al oído sus pasos, sus mas vivas—y por vivas, silentes—, impresiones. Los bulevares, "Les Bouquinistes", el café con humillo lejano como una música perdida, el río, la dulce pareja, van pasando e hiriendo el corazón del poeta, lleno de amorosas identidades, feliz y triste al mismo tiempo.

El verso de Albi es ancho, derramado y fluyente. Un verso sin sujetarse a otros preceptos que a los de la remansada llamada interior, de una voz limpiamente reflejada, de una voz profunda y sin embargo curvándose como una palma, a flor de labio... Una voz que se asoma con esa tristeza de un domingo de lluvia que va envolviendo la silueta de la Torre Eiffel como en un vaho de amor tiguadas, de contenidas presencias tercamente invioladas...

El espíritu de este "Septiembre en París", es lo que más llega a subyugarnos. Un espíritu que el poeta ha sabido formalmente captar para irnoslo comunicando con constancia—y también con una cierta monotonía—, a través de siete excelentes poe-

mas. Espíritu, digámoslo, que ha alcanzado también a los diversos dibujos que otro poeta, Ascensio Sáez, con su ya peculiar estilo ha trazado para esta bella edición que nos presenta la nueva colección "Nuestro Mar", de la alicantina "Verbo", revista de buen ganado prestigio que el propio Albi viene timonando.—E. R. P.

MANUEL PINILLOS.—"Tierra de Nadie".—Colección Nebli, Madrid.

Manuel Pinillos, poeta aragonés autor de este bien editado librito de «Nebli», dice en la carta que abre el libro dirigida al editor, que "algunos de los versos del mismo no recuerdan su modo de hacer actual".

Y esto no deja de tener su gracia, porque había que preguntarse si es que Pinillos ha tenido o tiene un modo propio o personal de hacer poesía en vez de seguir e imitar—como lo hace— en cada uno de sus libros al poeta más en el momento (pongamos Celaya para el caso) o más a mano, aun tratándose en este segundo caso de hombres de una mayor juventud en nuestra poesía.

"Tierra de nadie" sigue siendo (ya lo era antes, pues parece ser que, aunque aparecido ahora fué escrito con anterioridad a otros ya publicados) un libro totalmente despersonalizado y del que, a la hora del recuento puede con toda tranquilidad, prescindirse. Muy pocos poemas—dos o tres a lo sumo—pueden merecer trato aparte, pese a que el volumen, dentro de las consabidas condiciones de la colección, está bien nutrido. Tal vez por aquello de que a mala leña...

JOSE FERNANDEZ ARROYO.—"En torno de lo último".Guadalajara, 1953.

Con una pulcra edición, la alcarreña colección "Doña Endrina", surge al mapa poético español, dándonos este bello librito de un poeta ya bien conocido a través de sus colaboraciones poéticas en publicaciones diversas: José Fernández Arroyo.

Sin embargo, y aun siendo interesante, no es esta la mejor poesía de este buen poeta que Fernández Arroyo es. Comprende el libro—un reducido libro de sólo diez y seis páginas—diez poemas de los que el autor ha venido llamando casi-sonetos; poemas de una absoluta perfección formal y cada uno de los cuales cuenta trece versos... solamente.

El libro, pues, se nos va "en torno de lo útilmo"; en torno de lo que llama "frontera de lo vago, donde quedan las cosas que se han muerto"... y un hondo soplo une este conjunto de poemas, honda columna vertebral que los levanta, entre las más bellas imágenes, y a través de la cual canta y presente y llora el poeta. Vemos en cambio en el libro un cierto hermetismo, al que tal vez coadyuva su reiteración formal. El volumen lleva unas viñetas de Madrilley.

N. de R.—La falta material de espacio nos impide ocuparnos en el presente número de todos los libros recibidos. Esperamos hacerlo en los próximos números, habiendo en general reservado los libros de autores andaluces para ocuparnos de ellos en el número que ALJABA dedicará a Andalucía.

Ya podemos enviarle

LA OCTAVA PALABRA

De Juan Alcaide Sánchez

EJEMPLAR 10 PTAS.



---

---

Patrocinada por el Excelentísimo  
Señor Don Felipe Arche Hermosa  
Gobernador Civil de la Provincia

---

---

TIP. PALOMINO JAEN